

EL PUEBLO

Semanario Social.

Con autorización competente.

Anuncios a precios convencionales.

Se reparte los domingos.

Dirección: San Vicente, 9.

JESÚS Y EL PUEBLO

Toda la pasión de Cristo es un tejido estupendo de caridad y de ingratitud. De caridad inefable, inextinguible, inmensa, divina. De ingratitud humana, inexpressable también, horrenda, amarga como el mar y como la hiel, profunda como el infierno mismo, más triste y abrumante y aflictiva que la Cruz.

Meditado el hecho, despierta en nuestros compungidos corazones hondo pesar

Contrista sobremanera, entre los bruscos y elocuentísimos contrastes que la Pasión de nuestro dulce bien ofrece, el espectáculo del pueblo insensatamente revuelto contra Jesús.

¡El pueblo contra Jesús!

No se podría esperar mayor absurdo.

Espanta la monstruosidad de Judas, pero se explica. Los monstruos hacen eso, monstruosidades. Judas es..... Judas. No puede

¡El pueblo! Como si dijéramos el imán, la obsesión, la tortura, la causa de un vivir que no es vivir, que más es morir de no morir en el Corazón hermosísimo y santísimo de Cristo.

Doce años contaba de su existencia de hombre pasible acá en la tierra. Era un niño, una envidia del cielo, una competencia que le habia salido al sol, con unos ojitos como estrellas, con unas manos como pomos de jazmines, y un aliento y una virtud, y una gracia, y un sonreír que beatificaba más que lo son a los serafines.....; el reposo del virgen José, el constante arrobamiento de la Madre Virgen.

panes y los peces. Para el pueblo prepara especialmente ese portentoso Pan, dulcísimo manjar de eterna vida «que sabe a gustos mil». Sobre el pueblo llora. A nadie excluye como del pueblo venga. ¿Qué importa si son niños? En ellos por reflejo ven al Padre los ángeles que le contemplan de hito en hito. ¿Qué empece si los que vienen pecaron y traen las almas cargadas de miseria y lacería? «No los sanos, sino los enfermos, tienen necesidad del médico». «No vine, dice el Salvador del pueblo, a buscar a los justos, sino a traer los pecadores a penitencia».

Ansias atormentadoras de morir por el



Jesús predicando al pueblo en el lago de Genesaret (Hoffmán).

y no infundada pavora; pero ni sorprendernos debe, ni tampoco maravillarnos.

Amándonos Dios sin reserva y sin medida en el dolorosísimo y cruento sacrificio de su Hijo, responde a la tradición ininterrumpida de sus misericordias sobre la humanidad.

Produciéndose la humanidad torpemente, ingratamente, injuriosamente, en esta máxima tragedia de su Redentor, tampoco joh, desventura! rompe la serie de sus tradicionales infidelidades hacia su Criador.

Dios y el hombre fabricaron la tela de opresión y de dolores donde se envuelve y muere Jesucristo. Sólo que Dios ha tejido con hilos de sangre de su Unigénito, de su Hermosura, de su «orgullo santísimo», si pudiera emplearse la frase, y la humanidad ha tejido los espinos de la traición, de la cobardía, la blasfemia y el deicidio.

llamársele de otro modo, ni definírsele de mejor manera. En el carecer de explicabilidad, lo máximo perfecto y lo supremo bajuno dánse la mano.

Angustia la triple negación de Pedro; mas, explicase también. Del corazón humano, a vista del peligro, sin la fortaleza que la gracia infunde, nada es de esperar, sino perplejidades, turbaciones, desmayos, unos miedos muy grandes, unas cobardías muy vergonzosas.

Y ¿cómo extrañarnos de la actitud de los Sacerdotes y Jueces que condenaron sin apariencia de pruebas a Jesús, conociendo cuán ruin sentimiento es la envidia, propulsora, desde los días del inocente Abel, de abominables y espantosos crímenes?

Sólo la conducta del pueblo judío aparece inexplicable; para mí tan misteriosa como la condición actual de los israelitas, dispersos por el mundo, sin ideal, sin patria, sin templo y sin honor.

Perdido estaba para sus padres. Ganado en el Templo estaba para las almas. «¿Por qué me buscábais? ¿Ignoráis que en las cosas de mi Padre es fuerza que me halle presto?» dice a los amorosos custodios de su niñez. Las cosas de su Padre, sus cosas, porque todo lo del Padre es suyo, eran..... ¡el pueblo!

Hélo aquí ya, en plena vida pública, largos años suspirada. «Mi padre, mi madre, mis hermanos, mis amigos, mi familia toda, la razón de mi ser en este mundo, es la voluntad del Padre, son los que cumplen la voluntad de mi Padre..... y la voluntad del Padre no es otra sino ¡la santificación del pueblo!»

El pueblo es su vivir y su pensar y querer. Al pueblo se enderezan sus parábolas. Al pueblo se dirige en el inmortal Sermón de la Montaña. En el pueblo busca enfermos que sanar, pecadores que convertir, muertos para volverlos a la fuerza y al gozo de la vida. Por el pueblo multiplica los

pueblo le han devorado. «He de bautizarme en un bautismo único, y coartado vivo hasta tanto que suceda». Es el bautismo de su sangre divina, derramada por el pueblo y por el pueblo. Es el momento que barruntó la Profecía, en que anhelaron el Patriarcado y la Judicatura y la Realeza al cual corre Jesús impulsado vehementemente por la fuerza misma que lo llevó a las entrañas purísimas de la Nazarena... por la sublime energía infinita de la Caridad.

**

¡Pueblo mío! ¿Qué mal te hice? ¿En qué te he contristado? Yo te guié por el desierto: Tú me has condenado a la espantosa soledad del Gólgota. Yo hice que pasaras a pie enjuto por el lecho de los ríos: Tú haces que sangren mis pies en los ásperos guijarros del Calvario. Yo te libérté de la ominosa esclavitud, no una vez sola: Tú me amarras y me clavas en el madero oprobioso. Yo te alumbré con la columna

de fuego en las noches oscuras y medrosas: Tú me has arrojado a las tinieblas como se arroja a los muertos eternos. Yo te regalaba con el maná dulcísimo: Tú refrigeras con vinagre mi sed. Por mi vivieron tus padres: Tú no con menos te contentas sino con verme morir. ¡Mírame ahora en la Cruz! Sin luz en los ojos, sin vida en el pecho, del color de la mora los labios, gélida la carne, lacios los cabellos, ningún hueso en su sitio, la faz entera teñida en mi sangre, «¡ni hombre parezco, gusano soy, abyección de tu gente y oprobio de la humanidad!»

Hermosa eres, Hija de Sión. Coronada te miro con corona de espinas como tu Esposo. Como Él traes en la boca la sabiduría, en las manos la bendición y la paz, en el corazón amor inmenso, en la túnica salud, en las huellas de tus pasos resplandores, fuerza en las obras, gracia en tu pleno ser. Eres la Iglesia.

¿Qué nube de tristeza asoma por tu frente?

¡Proletarios! ¡Trabajadores! ¡Pobres de

¡Ay de las malas almas que lo sublevan y arrojan contra la Iglesia y contra Cristo! ¡Ay de los falsos Apóstoles! ¡Ay de los seides del Anticristo!

Para sellar definitivamente su impotencia y su ignominia, los cielos permitieron antes del día postrero (y la naturaleza toda será testigo del consolador suceso), que las clases populares busquen el seno de la Iglesia con la avidez que los polluelos las alas de las gallinas, y que sean para siempre reunidos los que jamás debieron separarse y que de fijo no se habrían separado si el pueblo hubiese sido para Jesús como Jesús para el pueblo.

No ocurrió así. Decididamente Dios y el hombre tejen el mismo telar. Dios teje con hilos de oro, de amor y sacrificio. El hombre no sabe tejer sino con púas de espinos.

Francisco Frutos Valiente.

LA SAMARITANA

I

Llegó el Pastorcillo,
de amores sediento,
al borde del pozo

que brotan del Cielo,
y mitigan la sed de las almas,
y apaga en los pechos,
las bajas pasiones,
los torpes deseos,
las negras ruindades,
los vicios groseros,
el ardor de los odios ocultos
y la sed de los bienes terrenos!

III

Dí, Samaritana,
¿qué te dijo el Gentil Pastorzuelo,
que en sus redes de amor prisionera
quedaste tan presto?...
¿Qué amorosas y tiernas palabras
de sus labios divinos fluyeron,
que, rendida de amores, suspiras
por tu Nazareno?...
¿Qué te dijo, que corres gozosa
por la faz del ardiente desierto
llevando en tus ojos
amores y fuego
de otro fuego que sana las almas,
y abraza los pechos?...

Oración de Jesucristo en Gethsemani.

Dicho el himno salieron al monte del Olivar, esto es, dicho el cántico de acción de gracias, salió Jesucristo del Cenáculo después de haber establecido el augusto e inenarrable Misterio de nuestros altares; después de haber demostrado el amor de que se hallaba poseído a la humanidad verificando la asombrosa transustanciación del pan en su mismo cuerpo y del vino en su sangre adorabilísima, da gracias a su Eterno Padre; si sólo Cristo dijo el himno, sin que los discípulos tomaran parte, no es cuestión que pueda resolverse, pues mientras Orígenes y San Hilario son de ese parecer, al Venerable San Beda le agrada la opinión contraria, fundamentando su opinión en la significación de la voz griega *Kai humnesantes*.

Solución satisfactoria tampoco se puede dar al espíritu del saber, que tiene la curiosidad de interrogar: ¿El himno sería recitado o alternarían cantándole Cristo y los Apóstoles? Si no se puede con certeza asegurar, si podemos afirmar que



La Santa Cena (Ciseri).

la tierra! ¡Hijos de mi Amado y míos! ¿Por qué me perseguís? ¿En qué os he contristado?

Mis cosas fueron de todos. *Omnia mea indiscreta* (1). Os ofrecí los ágapes. Os depaqué las diaconías. Os hize escuelas. Os levanté Universidades. Os formé el *Patrimonium*. Os doy hospicios, asilos, orfelinatos. Os reformé los códigos. Rompí vuestras cadenas. Me enajené por vosotros la voluntad de los Reyes. He roturado vuestros campos. He abierto vuestras calzadas. He vendido para daros de comer mis cálices. He criado ángeles nuevos en la tierra. Os amo como a las niñas de mis ojos. Os sustento con la sangre de mi Cristo. Vuestra soy; entera para vosotros.

**

Inconstante es el pueblo. Aclama hoy. Maldice mañana. Adora ayer. Al poco tiempo, antes de la semana, crucifica.

Variable es el pueblo; como el espacio, como el mar. Ahora, sereno. Ahora, tormentoso. Aquí besa en la arena dulcemente. Aquí ruga feroz, asomándose al abismo.

Y no es el pueblo malo. Es el viento que lo erige y lo encrespa, como a las olas del mar, para exaltarle primero y derribarlo y estrellarlo después.

que Jacob fabricó en otro tiempo.
Y pidió a la mujer Pecadora,
con amantes y puros acentos,
agua que mitigue
la sed de su pecho,
y bañe sus labios
ardientes y secos,
y apague las llamas
de sus castos y puros incendios.
¡Pobre Pastorcillo,
que cruzas sediento
las muertas llanuras
del vasto desierto
tras la pobre ovejuela perdida,
tras el alma que vive muriendo,
encerrada en las negras prisiones
de sus torpes yerros!.....

II

¡Muy hondo está el pozo
para el Nazareno!...
¡Muy negra es el alma!...
¡Muy duro es el pecho
de la Pecadora
que niega al Hebreo
el sabroso manjar que mitigue
el calor de sus labios sedientos!
¡Dulce Partorcillo!...
¡Pobre Nazareno!...
Tú la ofreces, en cambio, otras aguas

¿Qué vistes?... ¿Qué vistes
en los ojos de aquel Pastorzuelo?...

IV

¡Feliz ovejuela
del triste desierto,
lanza jubilosa
tus balidos tiernos,
que has llegado al Aprisco Florido
de los castos y puros anhelos;
al Aprisco Divino que encierra
los ricos veneros
de las *Aguas Vivas*
que abundantes descienden del Cielo!
¡Rompe, alegre, las férreas cadenas
que a la mísera tierra te unieron,
y paze tranquila
junto al Pastorzuelo,
que en Él hay amores,
y en Él hay consuelos
que alegran las horas
del triste destierro;
y con Él gozarás jubilosa
la serena visión de los Cielos
dónde toda miseria perece.....
dónde todo placer es eterno!

Eugenio Yébenes Baraz.

estas palabras de los Evangelistas en la pluma de San Juan Crisóstomo sirven para fustigar a los cristianos, porque recibido el dador de todo bien en el Misterio tan grandioso de la Sagrada Eucaristía, no se hacen cargo de la bondad infinita que les ha sido dispensada por el Hacedor del mundo viniéndose a hospedar en su miserable cuerpo, y no saben corresponder a tantas dádivas, y al momento salen de la Iglesia, sin dar gracias a quien no pudiendo ser contenido ni los cielos, ni en la tierra, llenando si existieran mil mundos, se ha dignado hacer su aposento en cosa tan vil como es el hombre, que su pensamiento se agita aún más que una caña movida por un viento de huracán. ¡Qué lástima la poca consideración de los hombres para con Dios, a quien todo se le debe! ¡Qué grande es Dios y qué pequeño el hombre! ¡Cuánta la sabiduría de Dios, y qué límites tan pequeños tiene la ciencia del hombre!

Muy de llamar la atención es que digan los Evangelistas *Himno dicto*, como el que intenta expresar, dicho el himno que es costumbre para dar gracias a Dios, ¿se significará que Cristo rezara o cantara el himno acostumbrado? Según Pablo Burgense, los judíos decían siete psalmos para dar gracias a Dios, desde el ciento doce, *Laudate pueri Dominum*, hasta el

(1): Tertuliano.

psalmo centésimo décimo octavo. ¿Serían éstos los psalmos que Jesús rezaría, o acaso después de haber instituido el Sacramento que embelesaría a los Angeles, Cristo emplearía una oración en conformidad con el acto asombroso que acababa de hacer? La contestación no puede ser del todo cierta. Lo que sí es cierto que Cristo en esta ocasión nos enseñó a todos a dar gracias a Dios por los beneficios recibidos.

Dicho el himno, Jesús sale con sus discípulos y llegan hasta el huerto de Gethsemani; allí los dice: *Sentáos aquí, mientras que hago oración.* Y llevó consigo a Pedro y a Santiago y a Juan; y a éstos los dice también según San Mateo, estando separados de los otros discípulos: *esperad aquí y velad conmigo.* Jesucristo se alejó la distancia a que puede ser tirada una piedra con la mano.

Jesucristo no se alarga mucho de los hombres, aun de aquellos que no quieren hospedarle; siempre quiere habitar entre nosotros; está aguardando a que el hombre se arrepienta para con el Padre y el Espíritu Santo colocar en nosotros su morada; viene continuamente a nosotros y nos despierta dulcemente con palabras cariñosas, y nos reprende con suavidad diciéndonos: *¿No has visto que me encuentro triste y que me angustio, y que voy a pedir auxilio a mi Padre para que pase de mi este cáliz de sufrimiento; no ves que yo tengo naturaleza humana y que la parte sensitiva se resiste a una pasión tan cruel y afrentosa, y que hasta la misma voluntad como naturaleza no quiere pasar por un trance al que no ha estado sujeto ningún mortal, y sin embargo, no has podido velar una hora conmigo? ¡Oh!, qué angustiosa situación para el hombre cuanto Cristo le diga. Durante tu vida en la tierra no has podido vigilar una hora, es decir, lo corto de tu vida, siguiendo mis enseñanzas, que son la verdad y dejándote llevar de todas las soberbias de la vida.*

¿Qué tremenda será la responsabilidad cuando Jesucristo diga a tantos de las sociedades modernas! *¿No habéis podido velar una hora conmigo?* Habéis extremado vuestras debilidades, que habéis legado hasta negar mi existencia, y sino hasta negarme mis atributos, y no ha sido únicamente el mal que vosotros hayáis negado lo evidente, sino que habéis quitado la fe a muchos de los pueblos, que os han seguido ignorantemente.

Y qué cosa más admirable, Jesús separado de sus discípulos se postra en tierra, dobla sus rodillas. Bien podemos llamar a los cielos y a la tierra y a todo cuanto en ellos habita y tiene ser para que se postren delante de Jesús; porque Jesús, que está de rodillas delante de su Eterno Padre, es el Unigénito del Padre, es igual y consustancial con el Padre. Su humillación no se limita ha estar de rodillas, según San Mateo *Procidit in faciem suam*, bajando su adorable frente, sino que aún más, San Marcos dice: *procidit super terram*, proternó su rostro en tierra. Aquí digo a los Angeles que se confundan en la presencia de Cristo humillado hasta tocar con su frente divina en tierra, y que los hombres que se creen sabios pensando traspasar con su pensamiento más allá de la comprensibilidad de las cosas, que se humillen y reconozcan que sólo a Dios se le debe honor y gloria.

Preguntan los intérpretes de la Sagrada Escritura: ¿si Jesucristo se postró en tierra como dice San Marcos apoyando su frente en la tierra? A Maldonado le parece que no, porque doblar sus rodillas en la tierra, ya es postrarse en la tierra; pero no es de la misma opinión Alapide, y defiende su sentir con razones de valor; diré sólo una: Cristo quería manifestarnos su aflicción, aquella tristeza que se apoderó de su alma, aquellas angustias que le produjeron un sudor, como gotas de sangre, que corría hasta la tierra, según nos refiere San Lucas, y por eso, estando de rodillas, dobla su cuerpo hasta llegar con la frente a la tierra.

Tu humillación, Jesús mío, inclinando tu cabeza hasta la tierra, debe servir de enseñanza a todos los hombres para que, postrados delante de Dios con sus rodillas en tierra, reconozcan que a Dios, no sólo se le debe adoración, acción de gracias, sino que considerando nuestras necesidades, le debemos pedir cuanto necesitamos.

Anacleto Heredero.

¿Qué mal os ha hecho?, preguntaba Pilatos a la plebe. Pero ésta clamaba con más insistencia: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

El odio no razona ni discurre. Si preguntáis a los enemigos de la Iglesia, ¿por qué la perseguís?, ¿qué mal os ha hecho?, por todo argumento os contestarán como los judíos: Muera la Iglesia.

Jesucristo ha muerto.

Sus sienes fueron coronadas por punzantes espinas; sus manos y pies traspasados por enormes y acerados clavos que taladraron su carne sacratísima; su preciosísima sangre, corre generosamente a raudales por las cumbres del Calvario.

Jesucristo ha muerto; sus labios se han plegado; sus ojos quedáronse como mirando a la tierra; a sus plantas, postrada, llora María, la Virgen Santísima, al ver al Hijo adorado de sus virginales entrañas morir tan ignominiosamente, martirizado



Jesús y Simón Cirineo (Rubens).

zado cruelmente, por sus enemigos y por nuestros pecados.

Jesucristo ha muerto; María se ha abrazado a la Cruz; la naturaleza se conmueve; la serenidad de los cielos se turba; negras nubes pasan veloces por encima de la Cruz; siniestros relámpagos iluminan aquel cuadro trágico y sublime; aquel cadáver que todavía mana sangre de abiertas y crueles heridas, crueles como la crueldad de nuestros pecados; a aquella mujer heroica y sublime que une a la sangre de su Hijo Divino los raudales de sus lágrimas preciosas; ruge la tempestad; retumba el trueno en los abismos de la tierra que de dolor se estremece.

María está sola, sola en aquellas soledades tan negras como las nubes que pasan por encima de su cabeza, negras como la ingratitud de los hombres.

La muerte tiende por el espacio sus negras alas; la muerte entra en su reinado y de todo se enseñorea; mas no temáis, porque allí mismo queda vencida.

Conmuévase nuestras almas; lloremos todos con amargo llanto de dolor y de arrepentimiento; lloremos con María; acompañémosla con nuestras oraciones en su inmensa soledad, en su infinita amargura; consolémosla en su tristísima tribulación.

Joaquín Luque.

Abril 1915.

El Miserere

en la Catedral Primada.

Hace ya cerca de cuarenta años que visitábamos por primera vez en los días de Semana Santa la histórica ciudad de los concilios, la patria inmortal de Santa Leocadia y San Ildefonso, la corte veneranda de los Recesvintos y los Recaredos, que trae a nuestra alma los recuerdos gloriosos de otros días en que Toledo, con sus poetas y cantores, con sus obispos y guerreros, con sus almenas y castillos, con su cielo azul y esplendoroso y su río Tajo que murmura al pie de los alcázares castellanos y morunos, era la reina de la España gótica y más tarde la fortaleza inexpugnable de Alfonso VI. Y parecíamos, como Pompeya para los arqueólogos, el lienzo donde se retratan las costumbres de hace tantos siglos, el riquísimo museo de nuestras grandes glorias nacionales, el ayer con todas sus bellezas arquitectónicas y con todas sus tradiciones seculares, la necrópolis donde tantas civilizaciones se han dado la mano y donde cada átomo de polvo es signo elocuentísimo de su pasada grandeza y de su historia maravillosa.

Todavía los cien conventos guardando bajo sus riquísimos artesonados la memoria de sus Santos y de sus Virgenes; el

tortuosos y de cuevas empinadas: la Catedral gótica, la mezquita árabe, la Catedral de la Edad Media, la Catedral de San Fernando y del sabio Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, la Catedral de Cisneros, la Catedral del Renacimiento, la Catedral de Churriguera, después de haber sido la Catedral de Berruete, Borgoña y Villalpando, la que ostenta más riqueza artística en el mundo y evoca más recuerdos de nuestra incomparable historia.

Péridos bajo sus severas naves y sumergido nuestro espíritu en la admirable contemplación de tantas bellezas, asistíamos a los oficios de Semana Santa, escuchábamos las melancólicas salmodias de David en el canto de maitines, presenciábamos las escenas tiernísimas y sublimes del lavatorio, meditábamos sobre el acto evangélico de adorar la Cruz de Jesucristo y bendecir las aguas bautismales, y regocijábame, por fin, nuestra alma cuando desde lo alto de la torre mandada construir por el Cardenal Tenorio oíamos las sonoras y famosas campanas, lo mismo que los armoniosos órganos que anunciaban la resurrección del Hijo de Dios.

No nos impresionaron, sin embargo, con la misma intensidad todas estas augustas ceremonias. Fué otro acto el que dejó grabado en nuestro ser más honroso sentimiento.

Era la noche del Miércoles Santo de 1878, si no recordamos mal, cuando escuchábamos las patéticas armonías del *Miserere*, de ese canto cuya languidez y sublimidad cristiana abaten el orgullo de los hombres más soberbios y hacen pensar en las vanidades y miserias de este pobre mundo. Permanecíamos apoyados en la puerta que da entrada a la Capilla de Reyes Nuevos; las magníficas notas de la orquesta y los aordes acentos del coro llegaban a nuestros oídos, repercutiendo en las pilastras y cornisas del Templo, y arrancándonos de la vida material y de los sentidos. La oscuridad en que nos hallábamos y el silencio de los fieles arrodillados, favorecían más y más el éxtasis y arrobamiento en que nos íbamos sepultando. Veíamos la capilla de San Ildefonso iluminada en el acto solemne de dar sepultura al Arzobispo D. Gil Carrillo de Albornoz, muerto en la ciudad de Tarento y conducido a hombros hasta Toledo, y a su sobrino Iñigo, virrey de Cerdeña, que murió en el Real de Granada; la pintura de D. Esteban de Illán, detrás del transparente, animándose y como dispuesto a vencer de nuevo al célebre moro Hambrán en los montes de Alhamín; los sarcófagos de D. Alvaro de Luna y de su esposa D.^a María Pimentel, dejando ver en su fondo el subterráneo donde, en derredor de una mesa y sobre sillones de alto respaldo gótico, reposaba toda la familia del ilustre Condestable. Abriáanse los sepulcros de los Arzobispos Mendoza, Contreras, Bonel y Orbe, Sandoval y Rojas, Alameda y Brea, Borbón, Portocarrero, Astorga y toda la serie de Prelados toledanos. Abandonaban sus eternos cenotafios los Reyes viejos y los Reyes nuevos, desde Sancho II hasta Enrique III. Alzábanse de sus sepulturas Tenorio, desde el Claustro bajo, y el venerable Arzobispo enterrado al pie de la Virgen de los laneros. Poníanse en movimiento todas aquellas estatuas yacentes de Reyes, Arzobispos y Canónigos, y todos, con sacrosanta unción religiosa, y a compás de la música de la capilla, entonaban este salmo: *MISERERE MEI, DEUS, SECUNDUM MAGNAM MISERICORDIAM TUAM.*

La procesión salía por la Puerta de la Feria, pasaba por la Puerta del Perdón y Puerta Llana, penetrando en la Catedral por la de Leones, y repitiendo siempre *Miserere mei*, como si la misericordia divina tardase en descender hasta la tierra, o como si las almas de tantos justos, después de haber vislumbrado los abismos de la eternidad, creyesen necesaria esta suprema invocación al Dios de todas las justicias.

Y aquella multitud de personajes, coronas y mitras, espadas y báculos pastorales, cuando la orquesta lanzaba sus últimas melodías, regresaba a sus sepulcros para dormir el sueño de la muerte sobre lechos de frío mármol.

Entonces nos vimos empujados por las oleadas del gentío que buscaba la salida, y salíamos pensando, como hemos seguido pensando en los años sucesivos, en

eco doloroso de los tiempos resonando al parecer lúgubre entre las rotas almenas de San Servando y D. Esteban Illán agitando al aire sus banderas desde las torres de San Román para proclamar Rey de Castilla al menor Alfonso VIII; el palacio de D. Rodrigo, el Alcázar de Carlos V, las ruinas del circo y de la naumaquia, Zocodover con sus rojos alquiceles y con sus autos de fe más tarde, los Comuneros de Padilla y la sombra de su viuda infortunada; las ruinas humeantes del palacio de Villena; Santa María la Blanca y Nuestra Señora del Tránsito en el antiquísimo barrio de los judíos; los puentes de Alcántara y San Martín con sus poternas y castillejos, las entradas de Bisagra y del Cambrón con sus escudos gigantescos, San Juan de los Reyes, monumento erigido a nuestras libertades patrias y sellados con las cadenas de cien mil cautivos cristianos; todo, todo parecían responder en Toledo a ese dulcísimo sentimiento del amor y veneración hacia la época en que nuestros antepasados levantaban con su sangre generosa esta nacionalidad querida, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos y adoración perpetua de nuestra existencia.

Pero no, no era éste el cuadro, cuyo mérito artístico todos los días venimos admirando, lo que más absorbía nuestra atención y embargaba poderosamente nuestros sentidos. Era esa riquísima perla escondida entre casas amontonadas y ruinosas, tomada del orin de los siglos y sepultada en un laberinto de callejones

aquellas celebridades cuyos altos hechos y heroicas virtudes guarda la historia para ejemplo de estas empujadas generaciones, cuyas entrañas corroe el veneno de la duda, y cuyos ideales marchitos arrastra el cieno del más grosero excepticismo.

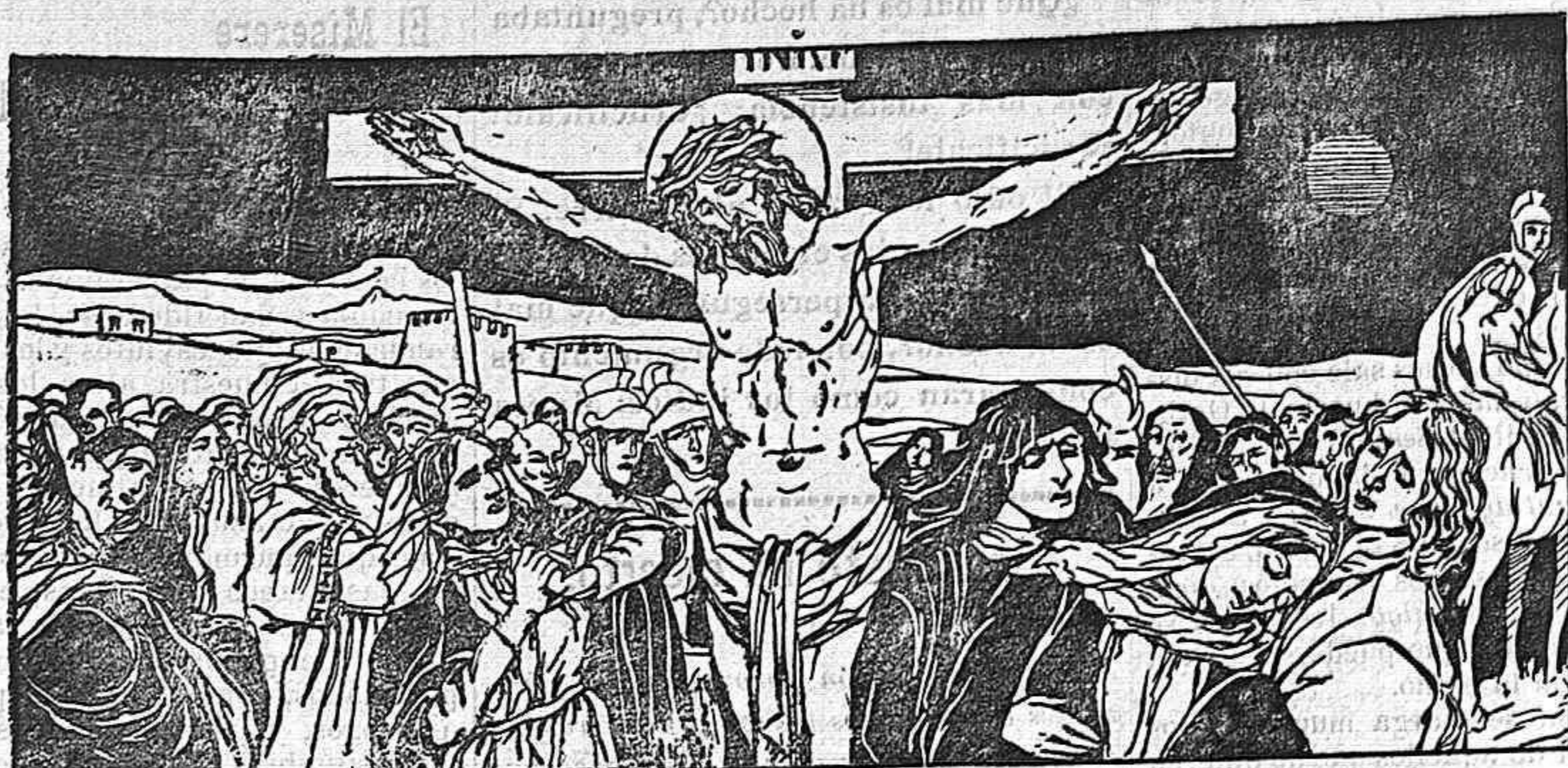
Hilario González.

Visitando Toledo.

El Santo Entierro.

I
Pausado, solemne,
avanza el cortejo.
En las calles se agolpa la gente,
el amor religioso sintiendo,
para ver la beldad de los Pasos,
grandiosos, severos,
que de Cristo Jesús representan
la Pasión de dolor y tormento.
Majestuoso, ceñida la túnica
de oro recamada, cruza el Nazareno
en sus divos hombros
la Cruz sosteniendo.
Del sagrado Cristo de las Aguas,
la imagen bendita de rostro perfecto,
donde el Arte grabó sus primores,
de su mente creadora el ensueño,
pasa derramando
en el plácido ambiente el misterio
de la tierna leyenda que anida
en la entraña piadosa del pueblo...
¡Y al mirar la escultura, la mente
inundada se ve de recuerdos
de épocas pasadas,
de lejanos tiempos!...
Pasa el Lignum Crucis,
la reliquia que encierra en su seno
un pedazo divino, precioso,
de aquel santo leño
donde estuvo el Creador de los mundos
por salvarnos, muerto.
¡Y al verle los hombres, los de fe sentida,
hincan sus rodillas en el duro suelo!
De los atambores y de los timbales
el fúnebre, triste sonar lastimero,
rasga los espacios,
turbando el augusto, solemne silencio,
y anuncia a las gentes
el paso del santo bendecido Entierro.
Y avanza el Sepulcro.
En su fondo, como en rico lecho,
va mi Dios soberano tendido,
inánime, yerto,
oculto entre gasas y aromosas flores,
su divino cuerpo.
Prestándole guardia,
arrogantes, gallardos y apuestos
marchan los armados;
y la mente, al verlos,
vive y siente las crueles escenas
de aquel horroroso decidido sangriento
que absortos miraran y mudos de espanto
la tierra y el cielo.
Detrás, dolorida,
de acerbos pesares transido su pecho,
pasa en busca del Ser adorado
la Madre más buena del Hijo más bueno.
Vedla arrodillada
a los pies del bendito madero
de celindas, de nardos, de rosas,
de jazmines y lirios cubierto;
rodeada de luces radiantes
que la fe y la piedad encendieron.
Y al mirarla tan sola, tan bella,
tan amargos dolores sufriendo,
hombres y mujeres
fervientes se postran en el duro suelo,
y desde su alma suben a sus labios
sus sinceras plegarias, sus rezos...
¡Cohorte misteriosa
de amores filiales, candorosos, tiernos,
que a la Virgen excelsa acompaña
al cruzar por la noble Toledo!

II
Pasó la lucida
procesión del santo, bendecido Entierro,
dejando en las almas
una intensa emoción y en los pechos
una suave tristeza sedante
que al espíritu lleva consuelos.
Ha extendido la noche en la altura
sus crespones negros,
y la luna fulgente derrama
dulce paz, encantado misterio,
por las tortuosas, solitarias calles,
de la gran Toledo...
Y bajo las bellas,
amplias naves del augusto Templo,
resuenan pausadas, graves y solemnes,
las notas amargas de profundo duelo
del grande y sublime
Miserere, canto de arrepentimiento.
Pedro J. de Castro.



Lecciones sociales de la Pasión.

Engañan al pueblo...

«Principes autem sacerdotum et seniores persuaserunt populo ut peterent Barabbam, Jesum vero perderent.»
«Mas los principes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese a Barrabás y que hiciese morir a Jesús.»
(Math. XXVII-20.)

Los pontífices y los ancianos, esto es, los cabecillas de Israel, se habían confabulado para dar muerte a Jesús. Le odiaban, porque había señalado su hipocresía, dejando al descubierto la podedumbre de sus corazonas, y ya todo su crédito e influencia se veían amenazados. El pueblo, desengañado de ellos y atraído por los prodigios de Jesús, le aclamaría por su Rey, y antes de esto... a todo trance y de cualquiera manera era preciso perderle.
Contra la doctrina o la vida del Salvador, nada podían argüir; por mucho que violentaran el sentido de la ley, ningún motivo jurídico encontrarían en qué basar el proceso; una agitación pública, un motín, una sedición popular... éste era el único pretexto... y ese emplearon.
Y para conseguir ésto, lo primero era engañar al pueblo; calumniar, a sus ojos, la divina persona del Maestro; tergiversar sus enseñanzas; desfigurar sus hechos; hacer creer a las gentes que Jesús era un embaucador; que ambicionaba, no sólo los honores de Rey, sino también los de Dios, y cuando los tuviera, de su reinado brotaría sólo la opresión...; aquel falso profeta había de ser considerado como el peor enemigo del pueblo...; antes debía concederse la libertad a Barrabás, el más perverso malhechor que albergaban las cárceles de Judea, que a Jesús el impostor...
Esto era lo que los pontífices y ancianos mintieron al pueblo, persuadiéndole a que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

Y estos hechos se renuevan a todas horas en la historia. El pueblo, miserablemente, con dolo, con aviesa intención engañado, viene a ser el instrumento ciego de los grandes perturbadores y el torpe ejecutor de las grandes iniquidades.
La Iglesia Católica, como su divino Fundador, ha pasado por los siglos y por los pueblos haciendo bien, y el objeto de sus preferencias ha sido el pueblo constituido por los humildes, los pobres, los ignorantes, los desgraciados; para éstos ha prodigado siempre sus inefables ternuras, realizando en favor de ellos verdaderos milagros de amor; de su seno, fecundo, con la fecundidad divina de la caridad, han brotado instituciones y obras admirables para la instrucción del pueblo y el alivio de sus dolencias.
La plebe, que antes de Cristo era el desprecio de las clases privilegiadas, hoy, merced al Evangelio, tiene la misma consideración que las favorecidas por la fortuna. En la Iglesia Católica no se guardan privilegios nada más que a la virtud; y como ésta gusta mucho de la compañía de la pobreza, en el catálogo de los héroes de la Iglesia figura un crecido número de hijos del

pueblo encumbrados a las más elevadas alturas, a las de la santidad, y ante los que se rinden y se humillan los Papas y los Emperadores.

La Iglesia, en una palabra, ha, en todos los órdenes, obrado maravillas a beneficio del pueblo; ha socorrido sus miserias y le ha engrandecido moral y materialmente, declarando su dignidad y garantizando su libertad, y, sin embargo, el pueblo se vuelve contra ella, la desprecia, la insulta, la hiere, quiere su muerte.

Es que los cabecillas de la plebe, los que, ante todo, buscan su medro, han jurado el exterminio de la Iglesia, porque les estorba para sus planes, y han hecho lo que los Pontífices y ancianos de Israel, emplear cerca del pueblo la calumnia, la difamación, para engañarle....

Por eso el obrero, el pueblo, es ingrato con la Iglesia, porque le engañan.

Por eso el pueblo no practica la doctrina de la Iglesia, porque le engañan.

Por eso el pueblo odia al Sacerdote y al Religioso, porque le engañan.

Por eso el pueblo persigue a las personas justas y honradas, y, en cambio, quiere que ande suelto Barrabás, o los reos de graves delitos de lesa Patria y de lesa Religión, porque le engañan.

Por eso el pueblo se amotina la mayor parte de las veces, y comete violencias y desafueros... porque le engañan páfudamente... unos cuantos cabecillas.

Al pueblo también le ponen sobre los hombros un pedazo de púrpura raída, y en su cabeza una corona de espinas, y por cetro le entregan una caña, y por mofa e irrisión le saludan diciendo:

Ave rex; Dios te salve, pueblo soberano.

LA AMISTAD DEL CÉSAR

Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris.
Si a éste sueltas, no eres amigo de César.
(Joann. XIX-12)

Pilatos tenía el convencimiento de la inocencia de Jesús; no hallaba en Él ninguna causa para condenarle; un sentimiento, aunque muy débil, de justicia, y un cierto temor de las venganzas divinas, aumentado desde que su mujer le había hecho saber los sueños terroríficos que padeciera... le impedían condenar al Justo y complacer al populacho; éste advertía las indecisiones del Juez; temía perder el pleito y que, por último, fuera puesto en libertad aquel reo, contra quien tan apasionada e inconscientemente se ensañaba, y entonces, con una astucia e instinto diabólicos, le acorrala con este argumento, que siempre ha sido decisivo en favor de las malas causas:

—Si das suelta a este reo, no eres amigo del César....

Oyendo ésto, ya no titubea Pilatos; en él se sofocan instantáneamente todas las voces de la conciencia y se extinguen todos los temores; si algún escrúpulo, si algún remordimiento queda, se borrarán cuando se lave las manos; Jesús será entregado a la muerte; la inocencia, la justicia, la ley, serán escarnecidas y crucificadas antes que perder la amistad del César....

¡La amistad del César, del que manda, del que tiene, del que puede repartir beneficios y honores, del que nos puede empujar, o, por el contrario, hacernos caer!... ¡No hay nada, por desgracia, más respetable ni más sagrado para los hombres que eso!...

El caso de Pilatos se repite constantemente. Nos resistimos, a veces, a una mala acción ante todas las seducciones y tentaciones; pero cuando se invoca la amistad del César, capitulamos, todo se acabó, se rindió nuestra fortaleza.

Por no enojar al que nos favorece, al que está en el poder, por halagarle, por adularle innoblemente, vilmente, pisoteamos los más altos fueros y los más sacrosantos derechos; renegamos de nuestras tradiciones, apostatamos de nuestras creencias, traicionamos a nuestros deberes, hacemos todo lo que sea preciso: perder el honor, vender la conciencia, dar la espalda a la Iglesia, entregar al Justo, a Cristo... todo, todo antes que perder la amistad del César....

Y lo triste es que el César, el que manda, también abdica de su autoridad y tolera esta vergonzosa sujeción. Hoy más que entonces, y de cada día más, la muchedumbre, el populacho, es el que falla y sentencia en los grandes pleitos, es en estas ocasiones cuando únicamente ejerce sus prerrogativas de soberano; la opinión pública, la del vulgo, irreflexiva, inconsciente formada insidiosamente por malos consejeros, por cierta prensa, ese es el César de hoy, el que manda y dispone, al que los demás Césares y poderes ignominiosamente se supeditan.

¡Cuántos hombres justos, inocentes, abnegados, han sido sacrificados como víctimas ante este César tirano! ¡Cuántas causas nobles, útiles, santas, se han malogrado por las exigencias de este rey sin entrañas!

Y por no perder la amistad de éste, por no irritarle, por temor a sus represalias, también los Césares, los poderes claudican, ceden, atropellan la justicia y sacrifican al inocente....

«Todo está consumado.»
¿Lo oís, obreros? La redención vuestra, la del pueblo, está ya realizada. Sólo falta aplicarla en todos los Estados.

Y ésto lo ha de hacer la Iglesia, que es la que conserva la virtud y eficacia de esa redención.

Pero no los redentores que os han salido....

El don de equivocarse.

Cuando en las procesiones de Semana Santa, en medio de un pueblo reverente, aparecen los pasos de la Pasión, mientras en ellos Jesús recibe la adoración y adhesión de sus hijos, la mirada se detiene en aquellas figuras patibularias de judíos y soldados romanos, en sus miradas rencorosas, en sus ademanes de ensañamiento; y al comparar el afán con que ellos ultrajan con el amor de toda su alma noble a Jesucristo, no podemos menos de decir con acento de escarnio a sus verdugos: ¡Os habéis lucido!

Pensaron aniquilarle, ahogar en su fuente el Cristianismo; y, a través de veinte siglos, Jesús es aclamado como Dios y a todos los pueblos conmueve el recuerdo de su martirio, tanto más, cuántos más pedañes ascienden en la escala de la civilización. ¡Vaya un éxito! ¡Se han lucido los judíos!

Ahora mismo, en Jueves y Viernes Santos, los más ímpíos tienen que declararse vencidos. Se cierran oficinas, comercios y talleres, se llama en balde a la puerta del teatro y del cine, y si se busca en una jira campestre el olvido forzado de las ceremonias de la Pasión, el sol brilla sin alegría, las aves se cuentan unas a otras los recuerdos del Calvario, las nubes extienden sus negros crespones vistiendo de luto el firmamento, los vientos vuelan con silbidos de lamentación y el que huyó del templo, se encuentra con que el campo abierto y la cúpula de los cielos celebran también los funerales del Redentor.

Algo parecido sucede en la vida pública. Los judíos ¿qué se hicieron? Disuelto está ese pueblo en todas las partes del mundo, en medio del odio universal. Contrarió las esperanzas del cielo y Dios lo ha deshecho. ¡Hay para temblar cuando no respondemos a nuestra misión divina!

Aprendan los imitadores de los judíos. La legislación, el arte, las letras, toda la vida pública está llena de la savia de Jesucristo, y el que nace en el pueblo cristiano goza de sus frutos. Pero hay quien trata de que toda nuestra cultura retroceda al Paganismo.

Vayan ellos por donde les viniere en talante. Nosotros queremos formar el cortejo de Jesús Crucificado: queremos ser gota de ese río de apóstoles, mártires, vírgenes, confesores; queremos derramar a nuestro paso la semilla evangélica; no queremos tener el triste don que ha tenido la raza judía: el don de equivocarse.

Andrés Serrano.

Moneda de las treinta de Judas.

Hasta que los reyes sirios dieron cartas de libertad a Simón Macabeo—vuelto de la cautividad el pueblo israelita—y en aquéllas, el derecho de acuñar moneda, no tuvieron los judíos moneda propia.

Aprendieron a batirla de los persas, así como a unguir los cadáveres y amortajarlos con fajas y vendas habían aprendido de los egipcios, y a usar nombres diversos de los griegos, como Eupolimo, Meneas, Tolomeo y otros.

La ley mosaica prohibía la representación de figuras humanas en el templo: por esto en sus monedas dibujaban entidades inanimadas.

Conformes con esta tradición cuantos en el templo habían de satisfacer ciertos tributos, cambiaban en el atrio de aquél la moneda imperial (1)—que al tiempo de la pasión de Jesucristo circulaban en Jerusalén al par que la hebrea—por esta última.

Las monedas judías llamadas de los Macabeos, llevaban los siguientes dibujos: un vaso que se cree representara el

vara de Aarón o un ramo, símbolo de la primavera o de la nueva vida del pueblo judío a su vuelta del cautiverio.

En derredor de mencionados detalles, en el reverso se lee *Jerusalén la Santa* y en el anverso *Siclo de Israel*.

De esta clase existe una moneda en el Palacio Real de Madrid, reputada de las treinta.

La ciencia de las monedas y medallas, ha dado a conocer las distintas clases de monedas que estaban en uso en Jerusalén al ocurrir la pasión y muerte del Redentor.

Conocidos por aquélla estos datos, el más profano puede deducir la autenticidad de la moneda de plata que en el relicario de la catedral de Valencia se conserva y que es tenida por una de las treinta que Judas recibió por su traición.



Aun cuando la moneda griega, circuló en Jerusalén desde tiempo de los Macabeos, lo más aceptado es que las monedas recibidas por Judas fueron judías y romanas: por lo tanto, de ser griega como parece la moneda del relicario de la metrópoli Valenciana, es muy aventurado juzgarla de las de Judas.

Otra moneda circulaba en Jerusalén en tiempo del nefando Deicidio.

Esta era de cobre, pequeña, acuñada aquel mismo año por Poncio Pilatos, según afirma *La Gazette Numismatique* de Bruselas del mes de Febrero del año 1899 en un artículo de Mme. A. Bastin, de cuya moneda acompaño grabado.



Huelga añadir que no fué seguramente de las treinta.

He creído interesante hacer esta pequeña digresión para ilustrar un tanto a los desconocedores de la Numismática.

Juan Moraleda.

Antes moriré por tí que negarte. Así habló Pedro al divino Maestro.

Y todos los Apóstoles se sumaron a la protesta de fidelidad de Pedro.

Y apenas apresaron a Jesús, todos los Apóstoles, abandonándole, huyeron....

Así es el catolicismo de muchos católicos.

Al primer asomo de peligro, dejan de serlo, se acobardan, huyen, se esconden.

SAETAS

—¿Qué es aquello que reluce detrás de aquellos olivos?

—Es el cáliz, que a Jesús un arcángel le ha ofrecido.

Sosteniéndole en sus manos Jesús dice en un suspiro:

—Cúmplase si así lo quieres, tu voluntad, Padre mío?

Rueda al cáliz una lágrima, y el cáliz, igual que un lirio, de pronto se abre y se llena hasta el borde de rocío.

Tinta en sangre una paloma en mi huerto se ha parado; yo le dije: —Por qué sangras, blanca paloma del campo?

Vi pasar al Nazareno con el madero arrastrando, y con mis alas la sangre de sus sienes he enjugado.

Le dije a la golondrina que en mis rejas se ha parado:

—¿Qué rama de coral traes entre tu pico colgando?

—No es coral. Es una espina que en la cumbre del Calvario he arrancado de las sienes de Jesús crucificado.

¡Golondrinas y palomas, nadie debiera mataros, porque enjugásteis la sangre de Jesús crucificado!

III

La calle de la Amargura sollozando de dolor,

cruza la Virgen María en busca del Salvador.

—¿Viste pasar a mi hijo?— dice con trémula voz a una anciana que está hilando en un viejo portalón....

Y la anciana le contesta:

—Hace poco que pasó, con el madero en los hombros, y sangrando, aquí cayó....

¡De cada gota de sangre una rosa floreció!

Francisco Villaspesa.

El estandarte de la Verónica.

(Leyenda toledana.)

Entre los estandartes que antiguamente lucían en las procesiones de la Semana Santa de Toledo, figuraba uno hecho por un pintor muy célebre en sus tiempos; la leyenda del referido estandarte corría de boca en boca como cosa cierta, así no era extraño ver cómo los forasteros se apiñaban a su paso por contemplar de cerca el genio del artista.

Representaba a Berenice, la mujer piadosa que, al ver pasar a Jesús camino del Calvario con el rostro manchado por la sangre, sudor y el polvo del camino, aquel rostro en que el cielo se recreaba, arrancó de su cabeza las tocas blancísimas, las dobló tres veces, y haciéndose sorda a las voces de los soldados que la intiman la voz de ¡atrás!, rompe por entre las muchedumbres, y acercándose al Profeta de Jerusalén, limpia su rostro, mereciendo en premio de su caridad, que se estampase en cada uno de los tres dobleces la faz sangrienta del Hijo de Dios.

La tradición nos muestra a aquella Santa y caritativa mujer, de rara hermosura, como el verdadero tipo de la belleza hebrea.

Cerca de donde está la famosa casa del Greco, vivía un pintor italiano a quien encargaron el estandarte a que nos referimos; y los que le hicieron la oferta le suplicaron fuese digno de sus pinceles, porque la Corte, entonces en Toledo, habría de admirar su obra.

Muchos días pasó nuestro pintor preocupado con su obra; recorrió muchas veces el barrio judío; miraba con interés por los ajimeces de aquellos viejos edificios, pareciéndole a cada momento que asomaría la cabeza alguna hija de un mercader judío de los que hubo un tiempo, cuya cara pudiera servirle de modelo para su obra que tanto le preocupaba.

Su esposa era de cara morena, ovalada, ojos negros, de mirar dulce, figura esbelta y graciosa; pero a ésta a quien sonreía la felicidad por haber logrado unirse en matrimonio con él, a quien amó desde sus primeros años, cómo hacerla formar una expresión de espanto y dolor semejante a la que tuviera la amorosa Berenice al ver a Jesús desfigurado camino del suplicio?

Siempre que tenía cerca de sí a su esposa, contemplaba su cara perfecta, único modelo para el lienzo, pero la alegría que despedían sus ojos, la sonrisa que vagaba en sus labios, sus trinos alegres como los del ruiseñor, le hacían desconfiar del éxito en la empresa.

—Acaso, (pensaba), esconderé el mirlo, la alondra y los ruiseñores que gorjean y alegran el jardín o troncharé los claveles que adornan los balcones; todo ésto la haría contrariarse, no más, pero se consolará bien pronto, porque para ella lo que constituye su dicha es mi amor.

Y pensaba, pensaba.... Ya acertó con el medio.

Armó su caballete, colocó en él el lienzo y llamó a su esposa que arreglaba su cabellera

abundante frente al espejo, mientras cantaba una sonata amorosa.

—Te llamo, la dije con voz que fingía triste, para anunciarte que dentro de pocos días marcharé a Italia pensionado por los reyes, para hacer estudios sobre mi arte, pero tú no puedes venir conmigo, y por tanto, no nos veremos en mucho tiempo....

Soltó de sus manos el pelo que estaba alisando, y con los brazos caídos, muda de espanto, y los ojos cargados de lágrimas, quedó como si la hubieran clavado frente al caballete donde parecía trabajar su esposo, y aprovechando el artista la impresión terrible que la produjo la noticia de su ausencia, bosquejó su obra que lució como las mejores de su arte; cundió la noticia entre las gentes, y aquel año vinieron a millares para contemplar el estandarte de la Verónica, y el parecido que con la mujer del pintor tenía, encantadora figura, en quien supo inspirar su lienzo inmortal.

Tal es la leyenda del estandarte de la Verónica que salía en las antiguas procesiones de nuestra Semana Santa.

Margarita.

Semana Santa en la Catedral Primada.

La Capilla de música de la Santa Iglesia Catedral, reforzada con valiosos elementos del celebrado Orfeón de Tolosa, interpreta, durante esta Semana Santa, el siguiente programa:

Domingo de Ramos.

A la Procesión.

Himno *Gloria laus et honor* (a cuatro voces), Ignotus (siglo XVI).

A la Misa.

Passio D. N. J. Ch. secundum Matheum (a cuatro voces), T. L. de Victoria (siglo XVI).

Martes Santo.

A la Misa.

Passio D. N. J. Ch. secundum Marcum, A. Lobo (siglo XVII).

Miércoles Santo.

A la Misa.

Passio D. N. J. Ch. secundum Lucam (a cuatro voces), Ignotus (siglo XVII).

Tarde.

Lamentatio I (a cuatro voces y coro) (Ferré Domenech (J. y L.); *Lamentatio II* (a cuatro voces), T. L. de Victoria (siglo XVI); *Lamentatio III*, canto toledano.

Miserere. Salmo a dos coros, Juan Bautista Pastor.

Jueves Santo.

Oficio propio, canto llano; *Misa Pontificalis*, L. Perosi; *Gradual*, canto Eugenio; *Sanctus*, *Benedictus* y *Agnus*, Ferré Domenech (J. y L.); *Communio*. *O quam suavis* (a cuatro voces), M. Haller.

Tarde.

Lamentatio I (a cuatro voces), J. M. Nanino (siglo XVI); *Lamentatio II* (a cuatro voces y coro), Ferré Domenech (J. y L.); *Lamentatio III*, canto toledano.

Miserere. Salmo a dos coros, Juan Bautista Pastor.

Viernes Santo.

Mañana.

Oficio propio, canto llano; *Tracto-Passio D. N. J. Ch. secundum Joannem*, canto toledano; *Impropria*, canto Eugenio.

Tarde.

Lamentatio I (a cuatro voces), J. M. Nanino; *Lamentatio II* (a cuatro voces y coro), Ferré Domenech (J. y L.); *Lamentatio III*, canto toledano.

Miserere. Salmo a tres voces y coro. C. Dobici.

CULTOS

Os rogamos la asistencia a los Oficios de vuestra Parroquia.

Santa Leocadia.

Jueves Santo.—A las diez, solemnes Oficios.

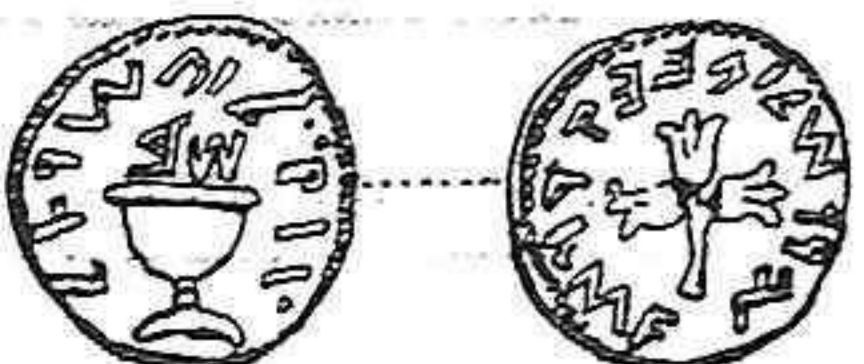
Viernes Santo.—A las siete, Sermón de Pasión, que predicará el Sr. Cura; a continuación, el Ejercicio del Vía Crucis, y acto seguido los Oficios.

Sábado Santo.—A las siete, los Oficios y Misa de Gloria en el Altar de la Virgen.

Domingo de Pascua.—A las siete, diez y doce, Misas rezadas; a las nueve, Misa solemne. Por la tarde, a las siete, se expondrá a S. D. M. y se rezará la Estación, cantándose a toda orquesta el Santo Rosario, Motetes y *Regina Caeli*.

Lunes 5.—Principia el Novenario de Nuestra Señora de la Salud. Todos los días Misas rezadas a las seis, siete, ocho y doce. A las nueve Misa cantada. Por la tarde, a las seis, Novena y Sermón a cargo todos los días del M. I. Sr. Dr. D. Francisco Frutos Valiente.

IMPRESA DE LA VIUDA E HIJOS DE J. PELÁEZ



que Dios mandó a Moisés poner en el Arca de la Alianza con el Maná, y la

(1) Y la griega.

Catarros.—Tos.—Fatiga.—Opresión.
Jarabe Anticatarral JIMÉNEZ

Este acreditado jarabe, preparado escrupulosamente por el Farmacéutico J. JIMÉNEZ a base de brea, savia de pino marítimo y bálsamo de tolu, carece en absoluto de calmantes, resultando un medicamento de seguro éxito contra la tos, catarros, fatiga, opresión, siendo el más preferido por el público, que conoce y admira su rápida y eficaz acción balsámica, curando la tos.

Exigid siempre el precinto rosa con la firma y rúbrica auténtica del autor, y la inscripción en todos los frascos JARABE ANTICATARRAL JIMÉNEZ.

Precio del frasco: UNA peseta.

De venta en todas las Farmacias y en la moderna del autor (antes antigua de las Tendillas), hoy

Lorenzana, 4 (frente al Instituto).—TOLEDO

ALMACÉN DE MUEBLES

DE

DAMIÁN CASTRESANA

Belén, 6, teléfono 130—TOLEDO

Gran variedad en muebles de todas clases.

Especialidad en camas de madera.

PRECIOS ECONÓMICOS

Grandes Talleres de Escultura, Talla y Dorado

de

MELITÓN COMES

Paseo de la Alameda.—Valencia.

Construcción artística de Imágenes, Tronos, Altares, Carrozas, Andas, Sagrarios y todo lo concerniente al culto religioso.

Esta Casa, tan acreditada en toda España, ofrece grandes facilidades a todas las Iglesias.

Consultorio-Clinica Operatoria del DR. GARCÍA CAPPÀ

RAYOS X

Fundada el 1906

Cuesta de los Pascuales, 8, teléfono 210.—TOLEDO

CONSULTA de enfermedades de la vista, garganta, nariz y oídos y cirugía general, a cargo del Dr. Garcia Cappa, del Hospital de la Princesa y del Real Dispensario Antituberculoso Príncipe Alfonso, martes y viernes, de 11 a 1 y de 2 a 5.

En Madrid, todos los días (excepto los citados), de 2 a 5.—SANTA MARÍA, 6, PRINCIPAL Este Consultorio se halla abierto todos los días de 5 a 6, para la curación de enfermos en tratamiento, a cargo de los Practicantes

D. Fernando González y D. Cipriano F. Moraleda.

La Unión Eclesiástica.

Grandes talleres de ropa talar

de

D. José Cavanna

Plaza del Celenque, 1

MADRID

JUSTO TORRES

Libertad, 6 (frente al Gobierno Civil)

TOLEDO

En esta casa se hacen toda clase de encuadernaciones de lujo y económicas a precios módicos.

Rebajas especiales a las Fábricas de las Iglesias para libros parroquiales.

Fábrica de Chocolates, Mazapán y Dulces

de

HIGO DE PÉREZ HERNÁNDEZ

Casa Central: Tendillas, 3, Teléfono 5

Sucursal: Zocodover, 7 y 8, Teléfono 6

—> TOLEDO <—

Sebastián Díaz-Marta

Comercio, 10.—Toledo

Imágenes de pasta madera, materia indulgenciable, aprobada por la Sagrada Congregación de Ritos e Indulgencias.

Vía-Crucis y Sagradas Familias con capilla para la visita domiciliaria.

SE FACILITAN PRECIOS Y DISEÑOS

Clases particulares de preparación militar

bajo la dirección de

Sacerdote Profesor de Matemáticas.

En estas clases no se admitirán más de cuatro alumnos, y, además del tiempo ordinario dedicado a la explicación teórica de la asignatura, se consagrarán dos horas diarias a ejercicios y problemas.

HONORARIOS

30 pesetas para hijos de militar, y 35 para los paisanos.

Sección de segunda enseñanza.—Clases de Aritmética, Álgebra, Geometría y Trigonometría para alumnos de segunda enseñanza.

Nota.—Estas clases se darán en sección independiente y a horas distintas que las de preparación militar, y no se admitirán tampoco más de cuatro alumnos para cada asignatura.

Calle de las Bulas, núm. 8, 2.º

COLEGIO DE SANTA LECCADIA

Establecido en la Calle del Cardenal Lorenzana, número 2

dirigido por

D. JACINTO VAQUERO CANTADOR

Profesor de Instrucción primaria.

Programa de enseñanza en dicho Centro.—Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sagrada, Lengua castellana (Lectura, Escritura, Gramática); Aritmética, Geografía e Historia, Rudimentos de Derecho, Nociones de Geometría, Nociones de Ciencias físicas, químicas y naturales, Nociones de Higiene y de Fisiología humana, Dibujo, Trabajos manuales y Ejercicios corporales.

Clases de adultos de seis y media a ocho y media de la noche.

Honorarios: 3, 4 y 5 pesetas (pagos anticipados).

Colegio de Nuestra Señora de la Salud

En la plaza de Buzones, número 4, se ha inaugurado, bajo la dirección de la distinguida Maestra Superior D.ª Leonor Mainar, un Colegio de niñas, que recomendamos a nuestras lectoras, seguros de que sus hijas ganarán mucho asistiendo a él.

Honorarios módicos.

Clases de adorno.

¿Queréis hacer

buenas digestiones?

Pedid en todas partes el

«Gran Duque»